

hamnate, de N' Tefa, de Mesflu, de Aamar, de los-Ulad-bu-Sba, de los Chiadma, de los M' Tuga, de los-Haha y el amalato de Sus.

Al S. de la mencionada cordillera, en el Sahara-marroquí, hallamos los países de Djezula (que comprende el Uad-Nun, el Taugnat, los Ait-Arbil y el Semuguen); el de Draah ó Draba (comprendido en el valle del río del mismo nombre), el de los Ait-Atta, el de los Sedrat, el de los Trodra, el de los Ait-Iefelman, el de Tafilete, el de los Beni-Guil, el de Figuig, el de los Ulad-Djerir, el de los Dui-Menia y el amalato del Sahara (Tebelbet y El-Ghafa).

Como se desprende de la lista que dejamos copiada y del género de vida de las tribus de que más adelante hablaremos, la organización tiene más de nominal que de verdadera, puesto que aparte de las provincias de Zerara, Tedla, Dukkala, Schiadna, Abda, Hajha, Rijamna, Sehragna, Escura y Sus en el antiguo reino de Marruecos; y las de Fez, Temzna, Schiauia, Beni-Hassan, Gharb, Hiaina, El Riff, Garht, Schiausch y el Angad, en el reino de Fez, apenas si los vínculos administrativos se dejan sentir en las restantes comarcas, sino cuando se emplea la fuerza imperial.

El Gobierno es monárquico absoluto y despótico, residiendo toda la autoridad en el Sultán, que además de este título lleva el de Emperador (1) y el de

(1) Además del título de Emperador de Marruecos, lleva el de Emperador de Sus, Fez y de las posesiones del imperio de Occidente.

Scherif como jefe supremo religioso. Reunidos en una sola persona todos estos caracteres, escusado es decir cuál será el grado de tiranía que despliega siendo el Emperador, como nacido en un pueblo bárbaro, ignorante en sumo grado.

Después del Sultan y formando la corte, existe el primer ministro, gran visir, *Uzir*, encargado por delegación, de todos los asuntos del imperio, excepto los diplomáticos, de los cuales entiende un ministro especial que reside generalmente en Tanger, cuyo cargo fué creado por la repugnancia del Emperador á tratar directamente con los delegados de las naciones cristianas y por exigencia de estas.

Sigue en importancia á aquel, el *Mul-el-Mechaur*, encargado de las audiencias que concede el Sultan; el *Mula-Tai*, maestro del thé, que prueba todos los alimentos y bebidas destinados á su amo; el encargado de sus armas, condestable *Mul m-Kahala*, y el que lleva el quitasol, emblema de autoridad, con el nombre de *Mul-el-Mdol*.

Además de estos cargos cortesanos, existen caballeros y un aposentador general, obligado á permanecer en la puerta de la tienda del Emperador cuando este viaja.

Al frente de cada una de las provincias, hay un *Bascha ó jhaquem*, gobernador revestido por el Sultan de gran autoridad, y bajo sus órdenes funcionan todos los empleados del territorio sujeto á su jurisdicción. Nombrados aquellos libremente por el Emperador, que, como en todo, obra sin limitación de nin-

una clase, el cargo viene á ser hereditario de padres hijos por una costumbre inveterada.

El *Kaid* de una poblacion es su autoridad política administrativa. Tiene á sus inmediatas órdenes á los *schavis*, inspectores de policía, y á los *mjaznis* jefes inferiores que practican los embargos, prisiones y demás mandatos de esta índole.

El *jlifa* es una especie de segundo del *baschá* ó *Kaid*, que los reemplaza en ausencias y enfermedades, y ejerce generalmente los encargos que aquellos le delegan.

La autoridad judicial y ciertas funciones religiosas como las de dirigir las oraciones, residen en los *Kadis*, elegidos entre los *tolbas*, hombres conocedores de los preceptos del Korán. Intervienen en los contratos civiles, en los casamientos y divorcios é imponen penas á los acusados de algun delito, si bien la de muerte no se aplica sin consultarla con el Emperador. Administran justicia sentados á las puertas de sus casas, y tienen como auxiliares á los *aduls* escribanos, y *jtibs* escribientes.

El Korán es el código marroquí y en él se encuentran preceptos para resolver todos los asuntos desde los religiosos hasta las penas que han de aplicarse á los contraventores de una falta insignificante. El considerar los sectarios de Mahoma su código como una obra perfecta en cuantos puntos abarca, sin admitir la division de preceptos, en fundamentales, religiosos, eternos y los que fueron de mero accidente, políticos y mudables segun los tiempos y las costumbres de

los pueblos, es la causa principal que mantiene á Marruecos alejado de todo progreso á pesar de su proximidad á Europa. Los adelantos del derecho, especialmente en el penal, llevados á cabo á últimos y principios de los siglos XVIII y XIX, no pueden penetrar en donde se consideran como irremplazables, perfectas, y de mandato divino las penas del talion, las afrentosas, la mutilacion de miembros, los azotes y otras varias en el Korán establecidas, y evidentemente hoy para nosotros contraproducentes, bárbaras é injustas.

Las nociones del derecho que pudo tener Mahoma, por grande que fuera su inteligencia, instruccion y perspicacia, han de ser necesariamente hoy un cúmulo de absurdas disposiciones condenadas por la moderna ciencia, bárbaras y crueles como la época en que las concibió su autor y barrera insuperable por el carácter de permanencia de que quiso revestirlas, para los modernos adelantos. El Koran será, mientras los musulmanes administren justicia en el imperio, la causa de que no exista más que la barbarie en las penas.

Además de los cargos de que dejamos hecho mérito hay los *uaquils*, procuradores, aunque los marroquíes pueden y prefieren defenderse á sí propios y personarse en los juicios, y el *Mahteceb*, encargado de cuanto se relaciona con los mercados desde la tasa de los alimentos y el que tengan ciertas condiciones, hasta la instruccion de los procesos á que dan lugar las contravenciones á los reglamentos y el castigo de quienes falten á sus mandatos.

Hemos dejado de hablar de las facultades del *haken*, comandante á las órdenes de los *bachas*, encargados de la recaudacion de los impuestos para este momento en que empezamos á detallar la hacienda de Marruecos y su sistema financiero.

Como hemos indicado, la suerte de los habitantes es tan triste, que bien puede decirse que allí no existe propiedad particular. El Emperador confisca y reserva para sí los bienes de los súbditos que juzga ricos, destituye á los gobernadores cuando estima que con el desempeño de su cargo han acumulado algun capital y es por fin heredero universal de cuantos mueren. Así es que todos procuran ocultar lo que tienen, y la suspicacia y el amor al dinero son tan grandes, que los padres no revelan ni aún á sus hijos dónde depositan sus tesoros, que para evitar un golpe de mano enterran en sitios diversos, lo cual dá por resultado que sorprendiéndoles la muerte se hayan quedado fortunas, con tanto afán reunidas, perdidas para todo el mundo (1). Es cierto que la avaricia imperial nos la pintan con tan vivos colores que apenas se concibe; pues todos los medios, aún los más crueles, se ponen en práctica para obligar á los ricos á descubrir y entregar al Sultan sus fortunas. Como puede comprenderse, en un país así gobernado la industria tiene que atravesar una vida tan lánguida que

(1) Mr. Sneider Pellegrini dice: «Varios marroqueses me han asegurado que en Marruecos hay escondidos en las entrañas de la tierra más de 500.000.000 de duros.»

no puede proporcionar rendimientos de consideracion á quienes la explotan, y por eso la mayor parte de las veces los gobernadores son los que sufren la avaricia del Sultan, como ántes sufrieron la de ellos sus inferiores, y la de estos los más humildes funcionarios y todo el pais la de la administracion entera.

En Marruecos la inmoralidad y el amor á lo ajeno han corrompido de tal suerte la administracion, que ningun funcionario teme el castigo por sus exacciones, sino por las de que es víctima de parte de su superior.

Las relaciones que nos suministran autores como Pellegrini y James Richardson, acerca de las precauciones que aquellos habitantes adoptan para librar sus fortunas de la venalidad de los funcionarios y de la avaricia del Sultan, causan verdadero asombro: y todavía es más admirable cómo los gobernadores esperan la muerte y los sufrimientos sin ausentarse del país, aunque hayan reunido fondos y tengan medios para vivir fuera de su patria y evitar los casi evidentes tormentos de que se ha de valer el Sultan con el objeto de despojarlos.

Esta clase de espolios y las herencias son uno de los recursos del Tesoro imperial, á lo que hay que añadir las diez clases de tributos siguientes: el *achur* (diezmo) que se paga en especie; la *nieba* (contribucion directa), la *djazia* (capitacion de los judios), *el-ankes* (patente); el *hess'b-eddrubb*, moneda-je; las *auaid-el gumrug* (renta de aduanas), el *tah-*

quit, monopolio que explota el Tesoro de la venta de la cochinilla, hierro, azufre y algunos otros productos, los *Keraz*, alquiler que producen los camellos,umentos, mulos, huertas y casas, propiedad del Fisco; los *deiates*, multas impuestas bien á los particulares por las faltas que cometen, ya á las comunidades por delitos aunque sean tan graves como el asesinato, cuando los autores no son descubiertos y los *hadeiates*, ofrendas que tanto las potencias extranjeras y autoridades como los particulares, especialmente los comerciantes, hacen al Emperador con frecuencia.

Es tal el amor que en Marruecos se tiene á los regalos, que ha producido el dicho allí muy corriente de que «es más dulce el vinagre regalado que la miel comprada.» Todo se consigue por este medio y desde el vista de aduanas hasta el Emperador sucumben ante la ofrenda recibida sin el menor escrúpulo y más pequeño rubor,

De todas las rentas la que más pingües rendimientos produce al Erario es *el awaid-el-gumrug*, porque no solamente pagan las mercancías al ser importadas ó exportadas en el imperio, sino que satisfacen igual impuesto que pudiéramos llamar de tránsito, en diferentes puntos interiores del mismo. De todas maneras estos medios de tributacion no llegan á producir un ingreso anual de 60 millones de reales, si bien tal resultado por la clase de aquellos, es excesivamente variable; pero nunca mucho menos, porque las confiscaciones son el gran recurso nivelador del Sultan.

Sus gastos ordinarios, reducidos al sostenimiento de su persona, mujeres, hijos, palacios y Guardia Imperial compuesta de negros llamados *bu-kari*, no asciende generalmente á la mitad de la suma recaudada, ingresando lo restante en el Tesoro de Mequinez, *mecnas*.

El edificio donde se van depositando estos caudales está situado en el centro de la poblacion. Es una fortaleza de piedra labrada con grandes murallas que la circundan; una abertura en su parte superior por donde recibe luces y otra de entrada defendida por tres puertas de hierro,

Su custodia exterior se halla encomendada á 300 negros *bu-kari*, y la interior á 100, que se entierran en vida desde tiempo del Sultan Abdel-Rahman, que hizo la gracia de que no fuera degollada esta guardia, como sucedia anteriormente, cada vez que se depositaban riquezas en el Tesoro.

El lugar propiamente destinado á guardarlas es un subterráneo, con el pavimento de mármol negro y una abertura en su parte superior, por donde como en una hucha se depositan las monedas.

Pequeña y casi nula es la industria de Marruecos. Pueblo agrícola y comercial por su situacion geográfica, hemos visto ya ligeramente cómo y en qué cantidad cultiva la tierra, de suerte que apenas si produce lo más necesario para el mantenimiento de sus pobladores. Las minas allí existentes, cuya explotacion suele conceder el Emperador á algunos musulmanes, como no les permite su cesion á compañías extranje-

ras y estos no tienen ni capitales ni conocimientos suficientes para explotarlo, cuando lo hacen es de una manera tan raquítica y miserable, que los rendimientos son escasísimos. La industria manufacturera tampoco alcanza mayor esplendor. Se reduce á la elaboración de prendas de vestir, como jaiques, albornoces, trajes bordados, *ganduras* (camisas de lana), gorros turcos (*fes*), cinturones de cuero, arneses y armas blancas, todo en pequeñas cantidades, y solamente apreciables en cuanto son productos indígenas ó por la riqueza que en algunos acumulan con tanta profusion como poco gusto.

Una fábrica de fusiles en Tetuan, varias de tejidos de lana y seda, mejor dicho, telares de mano, donde se elaboran las prendas que dejamos citadas, distribuidas en la capital, en Fez, en Theza y en el Figuig, una fábrica de papel en Marruecos y otras de armas blancas en la misma ciudad, y en Fez, algunas de taflete (marroquí) en la ciudad de este nombre, constituyen toda la industria manufacturera del imperio.

En cuanto al comercio, es natural que sea muy escaso tambien en un país tan pobre; así es que salvo el puerto de Tánger, por donde se exportan algunas materias de primera necesidad, residencia de muchos cónsules de potencias extranjeras, Larache, que recibe hierros, paños, colonias, muselinas, azúcar y thé, el gran regalo de los marroquíes, y dá salida á una buena cantidad de corcho, que en sus inmediaciones se produce muy abundantemente, y otras cortezas, lanas, cueros, gramíneas y leguminosas; Moga-

dor la factoría, que no decrece al compás de las restantes poblaciones; los países del Uad-Nun y el Sus, que sostienen el cambio de productos con la Nigrizia y Tumbuctu; Tatta, famosa por su fèria celebrada á la vuelta de la peregrinacion á la Meca y Figuig, que dá salida á los productos de su activa, aunque pequeña industria; en las demás poblaciones no se nota movimiento comercial.

Los judíos lo monopolizan juntamente con algunos extranjeros residentes en los puertos principales; de modo que podemos decir de Marruecos que la sávia que alimenta los países la recibe de gente extraña y por él tan aborrecida y despreciada.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalif
CONSEJERÍA DE CULTURA

CAPÍTULO III.

Poblacion aproximada.—Razas.—Moros.—Berebéres.—Amazirgas.—Schelloks.—Tuareks.—Arabes.—Israelitas.—Negros.—Cristianos.

Si en lo que reconoce un carácter permanente como el curso de los rios, la determinacion de los límites y la forma y extension de las montañas de Marruecos, no es fácil fijar de una manera absoluta aquellos puntos y detalles que hoy exige la moderna geografía, ¿qué de particular tiene que al determinar el número de sus pobladores, cantidad constantemente variable, nos encontremos con mayores dificultades aún, y con tantas opiniones como viajeros han visitado este país?

No es extraño que en un pueblo donde no se conoce el censo ni se ha hecho trabajo alguno para determinarlo aproximadamente, los cálculos de los geógrafos acerca de la población del imperio sean tan varios como, por ejemplo, el de Jakson que la supone en 15.000.000 de almas, y los de Chenier y Lamprière que sólo la creen compuesta de 6.000.000 de habitantes.

La opinion más generalmente aceptada, es la de Graber de Hemso, que visitó el imperio en 1833, y se-

gun sus estudios resultaba que Marruecos contaba con 8.500.000 almas. Esta es indudablemente la que sigue el autor de *Africa en el siglo XIX* al clasificar la poblacion que nos ocupa por antiguos reinos de la manera siguiente:

Reino de Fez.	3.200.000
» de Marruecos.	3.600.000
» de Taflete.	700.000
» de Drat, de Sus.	1.000.000

Distaba bastante la clasificacion que el mismo autor hace por razas de otra más reciente, la del señor Urrestarazu, que supone en 9.552.000 los habitantes del imperio sin que sea fácil decidir cuál de todos estos viajeros ha hecho los estudios necesarios con más escrupulosidad y valiéndose de datos menos falibles; pero quien convence más es Hemso, cuya opinion es la generalmente seguida sin que nosotros dudemos de que la cifra últimamente citada sea exacta, teniendo en cuenta el crecimiento natural de las poblaciones, por más que Marruecos parece que ha puesto en práctica los medios de disminuirle. Esta creencia se refleja en los recientes estudios de F. de Lanoye, que fija la poblacion del imperio en 6 á 7 millones.

Conocidas las opiniones más recientes, no es aventurado señalar el número de ocho millones como cifra redonda, haciendo poco al caso que la exácta supere ó sea inferior en algunos millares. Las razas que pue-

En este territorio son la de los moros, bereberes, árabes, judíos, negros y europeos cristianos.

Hemos empezado por los moros, no porque sea la raza más numerosa (es la de los bereberes), sino porque es la de mayor importancia por las consideraciones que se la guardan, los puestos oficiales que desempeña y sus riquezas.

Unos tres millones son los moros, antiguos mauritanos que ocupan las principales poblaciones del imperio, siendo en ellas la parte más numerosa. Se creen no pocos descendientes de los musulmanes que fueron expulsados de España á donde piensan volver algun día con la ayuda del Profeta. Estos son conocidos por la denominación de moros *andaluces*.

Los altos puestos son desempeñados por ellos, así es que unido este privilegio á su buena imaginación y á la superioridad en saber que tienen sobre las otras razas, no es extraño que conserven el proverbial orgullo que les ha distinguido siempre, á pesar de la visible decadencia del pueblo que administran y dirigen en sus oraciones y ritos religiosos.

Ocupando los pingües destinos y haciendo la vida más en consonancia con la civilización, han llegado á ser la raza rica del imperio; pero de poco les sirven sus tesoros escondidos generalmente por miedo á la rapacidad del Sultan y con los cuales suponiéndolos seguros, no se lanzarían á grandes empresas para las que se necesita una actividad de que carecen en absoluto.

Son los moros de tez blanca, ojos negros, dientes

muy limpios y uniformes; su estatura es regular, airosos y bien formados.

Las mujeres son bellas y expresivas.

El régimen político á que se hallan sujetos y la religion que profesan, los ha reducido á un estado tan abyecto que M. Narciso Conte los ha descrito en los siguientes expresivos términos:

«Los moros tienen formada la más alta idea de sí mismos y de su país. Estos esclavos medio desnudos (1) nos recuerdan á los europeos *agein*, es decir, *bárbaros*. Es cierto que poseen algunas virtudes, pero no están fundadas sobre ningun principio moral: el despotismo los ha degradado grandemente. No tienen la menor idea de libertad, habiendo perdido hasta el uso de las palabras que significan *honor* y *sentimientos*. No conocen ni el patriotismo ni los lazos de parentesco ó de amistad. No tienen otro móvil que el interés, y el fanatismo más desmedido parece disminuir las facultades del alma. Jamás un moro se desespera; ni los sufrimientos ni las pérdidas le arrancan una queja, se conforma con todo lo que le sucede como cosa que procede de la voluntad de Dios, esperando siempre mejores tiempos. Los moros no admiten entre ellos ninguna distincion fundada sobre la

(1) Aunque en la apariencia hay alguna contradicción entre nuestras afirmaciones y la que hace Conte, debe tenerse en cuenta que los moros exageran su pobreza para librarse de las exacciones del Fisco y lo que nosotros decimos es en relacion con las fortunas de las otras razas.

cuna; sólo las funciones públicas dan un rango especial y entre las extrañas reglas de etiqueta que reinan en la corte de los príncipes de Marruecos se cita una muy particular: la palabra *muerte* jamás se pronuncia delante de la persona del Sultan. Cuando se hace indispensable el anunciar al soberano la muerte de un personaje, se usa la paráfrasis siguiente: «Ha cumplido su destino.» A lo que contesta el monarca con gravedad: «Que Dios tenga misericordia de él.» Otra idea supersticiosa es que jamás deben pronunciarse delante del príncipe los números 5 y 15.

Los moros marroquíes profesan un respeto sin límites, dice el autor citado, á sus santones, de los cuales hablaremos más adelante.

Hay que tener en cuenta que esta es la raza más importante del imperio marroquí, con lo cual pueden formar nuestros lectores idea de lo que será una nación cuyo principal elemento son los moros que dejamos descritos.

Entre las razas siguen por su importancia, pues es la mayor, la de los bereberes ó kabilas, cuyo número asciende próximamente á 4.000.000, perteneciendo las tres cuartas partes de ellos á los llamados *amazirgas* (Amacigh) y la otra restante á los *schelloks* (Schellojh).

Los primeros pueblan la region del Riff y la cordillera del Atlas hasta Taflet; se mantienen con el producto de sus ganados, la labor de las abejas y de la caza, á cuyo ejercicio tienen una afición desmedida. Los que ocupan el Atlas habitan en cuevas como los

trogloodytas ó en pueblos colocados en lugares casi inaccesibles guardados por una torre.

Sus condiciones físicas, el desprecio con que reciben las órdenes imperiales, el hábito continuado de ejercicios de agilidad como la caza y la carrera, su vida independiente y los sitios que generalmente ocupan, hacen de los *amazirgas* un pueblo casi independiente, indisciplinado y temible; pero así como no perdonan los agravios que reciben, conservan el agradecimiento á los favores que les prestan.

Los *schelohoj* ocupan los valles y montañas meridionales del Atlas y tienen idénticas condiciones que sus hermanos de raza.

Los berberiscos son de buena constitucion física, estatura regular, aspecto agradable, color claro, ojos azules y pelo rubio.

Los modernos viajeros de Marruecos nos hacen otra pequeña division de esta raza, pintándonos como perteneciendo á ella, pero formando una rama especial, á los *tuareks*, gente feroz é ignorante, sin más ocupacion que la de arrebatar cuanto pueden á las caravanas del Sahara y Sudan, cuando no se contentan con exigirles una cantidad, como derechos de salida, entrada ó tránsito.

Y aunque en algunos rasgos de costumbres se distinguen de los *amazirgas* y *schelloks*, es posible que los *tuareks* no sean ni más ni ménos que unos bereberes ladrones, que por su género de vida y organizacion á propósito para realizar sus rapiñas hayan ido diferenciándose algo de los usos de su raza.

Esta es la única manera racional de armonizar la pintura que nos hace Leon el Africano de los schelloks, y los colores con que los modernos viajeros de Marruecos nos describen á los tuareks, pues ó uno y otros han confundido á estas dos familias, lo que no es creíble, ó no hay otro recurso para aclarar la confusion que suponer, como lo hacemos, no siendo los iniciadores de esta idea, que los tuareks no son una nueva familia antes desconocida, sino unos bandoleros de oficio que han desarrollado y practican los instintos de los suyos, ayudados de la impunidad en que viven, por la poca fuerza del poder público más empequeñecida en los sitios que estos ocupan, merced á la fragosidad del terreno y á la distancia de las capitales del imperio aumentada por la falta de vías de comunicacion.

Es cierto que hay diferencias en los trages de unos y otros, y en que mientras los amazirgas y schelloks se dejan crecer la barba desde la edad de los 25 años, los *tuareks* no usan más que el bigote; pero estos no son signos que distingan á dos familias de una misma raza.

De todos modos, constituyan ó no diversas ramas, las costumbres y hábitos son idénticos, sin más diferencia que la natural, dado el más próximo ó remoto peligro que corren en sus escursiones, bien en rebeldia contra el gobierno, ora ocupados en el saqueo de las caravanas. Sus armas predilectas son la espada y el puñal, que no abandonan nunca, hasta el punto de llevarlo pendiente de una cuerda que atan á la muñe-

ca, de manera que la empuñadura venga á caer en la palma de la mano. A pesar de su afición decidida por el arma blanca que demuestra su bravura, los que pueden usar espingardas.

¿Existe la raza árabe pura en el imperio de Marruecos?

Pregunta es esta que nos sugieren las detalladas relaciones que de ella vemos, la historia del imperio relacionada con la de nuestra patria desde Guadalete hasta Granada y la expulsión de los moriscos. Otro dato tenemos para formular la pregunta anterior; y es que en algunos autores modernos vemos en un sólo estado, como formando una misma raza, á los moros y á los árabes, por más que por razón de origen, nada puede ser menos discutible que sus radicales diferencias.

La conquista del Magreb por los árabes, la confusión que desde luego se observa entre vencedores y vencidos, las dos nuevas irrupciones de España de Almoravides y Almohades de la raza autochthona de Marruecos, el ser conocidos aquí por los nombres comunes de sarracenos, moros y musulmanes, y aun el de árabes aplicado indistintamente á todos los mahometanos, nos inclinan á creer que hace siglos había desaparecido la división entre la primitiva raza de moros y la árabe conquistadora.

Pero la mayor parte de los geógrafos modernos nos dicen que existen en el imperio como unas 600.000 almas que conservan la fisonomía y las costumbres todas de los antiguos pobladores de la Arabia feliz.

Estas son las que forman la raza árabe del imperio, compuesta de individuos de elevada estatura y mirada penetrante, rostro ovalado, color moreno, ojos negros, nariz aguileña, frente despejada, boca pequeña, barba negra y terminada en punta, constituyendo tipos majestuosos y despreciativos.

Errantes por condicion, orgullosos por temperamento, poetas de origen y valientes por sus creencias religiosas; el pastoreo es su oficio, desprecian á los habitantes de las ciudades, los pensamientos poéticos les deleitan, y la guerra, sobre todo la de sorpresas, es lo único que puede entusiasmarles.

Aman la libertad que se disfruta en los campos donde la naturaleza les muestra todas las grandezas y todos los contrastes que satisfacen su fantasía oriental; descargados de quehaceres dedican el tiempo á las personas y cosas de su cariño, la mujer, los hijos y su caballo; la casa, compuesta de una lona tendida y sujeta por estacas, facilita sus costumbres nómadas, y así viven felices en medio de una independencia salvaje; que comparan con la esclavitud que sufren los moros de las ciudades, por cuya razón los desprecian soberanamente.

En la guerra es el árabe impetuoso cuando acomete y triunfa; decae su espíritu si es vencido, pero nunca su valor y serenidad. Así es que, viéndose rodeado de enemigos, vende su vida cara, combatiendo por todos los medios posibles, y si es preciso arrojar-se por un precipicio, con tal de arrastrar tras de él á su adversario, lo hace con la mayor indiferencia. Su

arma favorita es la espingarda, á la que dedica igual amor que á la mujer y al caballo.

Esta raza es uno de los elementos mayores de perturbacion del imperio; pues su fantasía y vida nómada, la hacen completamente ignorante de lo que se llama *saber vivir*, y de esta ignorancia se aprovechan los mercaderes para engañarlos, con la seguridad de tener á su lado á las autoridades que en todas las reyertas quitan la razon á los árabes, maltratándoles y apresándolos en muchos casos, de lo cual han nacido tan grandes antipatías que, en las frecuentes revueltas de Marruecos, los árabes aprovechan la ocasion para satisfacer sus venganzas crueles, llevando el horror á todas partes.

Sin que pretendamos profundizar las indicaciones que dejamos hechas y sostener la tésis de que las razas descritas no aparecen en nuestra historia de ocho siglos que tantos puntos de contacto tiene con la de Marruecos, si podemos afirmar, plenamente convencidos de que los hechos nos dán la razon, que la division de razas y sobre todo sus ódios no se han presentado nunca ni más distintamente ni con mayor furia que ahora. Ningun interés armónico de los muchos que impelen á los países y sus habitantes á constituir los Estados, excepto el religioso, existe entre las diferentes razas que dejamos descritas y que son el nervio poblador de Marruecos.

Desde el más pequeño é insignificante detalle á la creencia más fundamental en materia política, se advierte un abigarrado conjunto de usos, costumbres,

sentimientos, afectos, ideas, trajes, armas, casas y aficiones, que ni tienen punto de afinidad ni es posible armonizarlos. Hasta el equilibrio que se nota en las fuerzas de que dispone cada uno de los grupos que hemos descrito, equilibrio que contribuye á sostener la ignorancia y las divisiones, parece una maldición de Dios condenando á ese pueblo á no formar una nación: un Estado propiamente dicho. Porque si siquiera hubiese una raza con vigor suficiente para imponer á las demás por cualquiera de los medios conocidos, unidad de creencias, justicia y aspiraciones, nacería en Marruecos un verdadero pueblo, atrasadísimo en verdad, pero de cuyo crecimiento y desarrollo no habría duda, mucho más si desaparecieran determinados preceptos del Corán de carácter político.

«Pueblo dividido es un pueblo muerto,» ha dicho un ilustre tratadista; y en las razas del imperio (si lo son en el verdadero sentido de la palabra) más se advierten diferencias de división que de origen; pues, como dejamos dicho, en la historia han aparecido algunas veces casi confundidas. Sin embargo, hoy no lo están sea cual fuere la causa y para conocer el imperio y sus moradores, hay que estudiarlas separadamente; cuyo trabajo continuamos, haciendo algunas indicaciones referentes á lo que podemos llamar razas extrañas del imperio, como son los judíos, los negros y los europeos cristianos.

Proceden los primeros en su gran mayoría de aquellos que expulsaron de España los Reyes Católi-

cos, con más fanatismo religioso que sábia política y no parece sino que lo mucho que sufrieron los judios de España cuando su expulsion, eran tristes anuncios de lo que están padeciendo sus descendientes en Marruecos.

Todo cuanto se diga es pálido acerca del desprecio y falta de consideracion con que son tratados los israelitas. Desde las burlas menos humanitarias de los chicos, hasta la humillacion cuando pasan delante de las Mezquitas, sin olvidar la injusticia notoria de los tribunales que siempre sentencian en contra de los judios, todo lo sufren resignadamente, sin que ni con un gesto ó una palabra demuestren su disgusto. ¡Ay de ellos si á tanto se atrevieran!

Causa verdadera sorpresa cómo un pueblo que no se halla adscrito á ningun territorio, que no tiene en Marruecos ningun superior interés y que es tan horriblemente maltratado, haya permanecido en este imperio ni un sólo dia, desde que las modernas ideas le han abierto las puertas de naciones civilizadas, donde, hasta examinada su conveniencia bajo el punto de vista más material, encontrarían evidentes ventajas.

Son demasiado conocidos los principios religiosos y costumbres del pueblo judio, para que nos detengamos á detallarlos en este lugar; pero si señalaremos algunos pormenores especiales que dependen de la relacion en que están con respecto á los marroquíes. Como hemos dicho en otro lugar, el comercio interior y gran parte del de exportacion se encuentra

en manos de los judios, de suerte que si estos desaparecieran de Marruecos, se experimentaria una crisis más horrible aun que la actual acompañada del hambre y la miseria más espantosas. Si á esto se añade que la percepcion de los impuestos cuando se quiere realizarla con algun orden se confia á los judios, bien puede decirse que estos son la sangre que alimenta al imperio. Viven en las ciudades, pero en barrios completamente separados del resto de la poblacion llamados *el-mel-lajh* y por las noches quedan incomunicados sin que por ningun pretesto les sea dado penetrar en las calles y plazas de los marroquies. En algunos pueblos, puertas que se cierran al anochecer incomunican unos de otros barrios. No se les consiente á los judios otros trajes que los oscuros, signo de maldicion entre los musulmanes, ni montar en caballerias por las calles y plazas, ni pasar calzados delante de los santones ni de ninguna otra persona ó cosa religiosa, como las Mezquitas por ejemplo.

No encontramos en todos los libros que hemos consultado antes de escribir estas lineas la explicacion de cómo estos seres pueden vivir en Marruecos en tales condiciones sin que la rapacidad del fisco y la injusticia de los tribunales hayan concluido con sus recursos y con sus vidas la ferocidad de los musulmanes; pero una persona que ha residido hasta hace poco en Melilla y que tuvo la amabilidad de facilitarnos algunos curiosos detalles, nos ha dado la explicacion de lo que creiamos un enigma. Sin personalidad juridica, sin poder usar de sus propios recursos personales en

contra de un musulman grande ó chico, y por fin, sin el auxilio que presta la bandera de la patria, porque no la tienen, los judios han explotado la avaricia de los moros, los cuales, mediante una renta proporcionada á las utilidades de su pupilo israelita, se convierten en protectores. De esta suerte la mayor parte de las familias judias establecen una especie de relacion con algun cabeza de familia mora, que dá por resultado que aquellas encuentren defensa contra injustificados ataques y estas recursos pecuniarios, que bien los necesitan. Era necesaria una explicacion para comprender la existencia de los judios en medio de un pueblo bárbaro que los desprecia y ambiciona sus riquezas. La que hemos dado es racional, sin que podamos responder de su exactitud por no verla confirmada en ningun autor de cuantos se han ocupado de Marruecos.

Unos 300.000 son los judíos residentes en la actualidad en el imperio.

Cerca de la mitad de este número es el de los negros que habitan en el país que nos ocupa. Proceden del Sudan y su presencia en Marruecos se explica por la existencia de la esclavitud, cuya trata se verifica revestida de detalles que aumentan el horror de este vergonzoso tráfico. Hay dias destinados á la venta de estos desgraciados, y cuantas operaciones preliminares se practican con una caballeria entre nosotros para apreciar sus años, sanidad y soltura, otras tantas se verifican en Marruecos en los mercados públicos al comprar un negro.

Hay muchos manumitidos por sus amos, porque el Koran les prescribe que concedan la libertad cuando juzguen dignos de ella á sus esclavos, y estos pidan la gracia por escrito.

Los descendientes de los libertos en primer término, y los de los bukaris, constituyen la poblacion negra de Marruecos, la que si bien conserva recuerdos de sus antiguas creencias, es mahometana y practica todas las prescripciones y ritos mandados por el Profeta.

Son los negros envidiosos y vengativos, alegres y supersticiosos, ágiles y de menguada inteligencia; pero la condicion que nos pintan como distintiva en ellos es la fidelidad.

La poblacion cristiana es la que más ha aumentado en estos 10 últimos años, pues de 500 europeos que nos daban los cálculos del 69 hasta unos 2.000, lo menos, que se cree existen en la actualidad en Marruecos, se ha cuadruplicado el número. Casi todos habitan en los puertos al abrigo de los pabellones de sus respectivas pátrias; pero sin influir apenas en la civilizacion del imperio, ni con otro contacto con los marroquíes que el puramente indispensable, á fin de realizar operaciones de comercio.

Como infieles, son altamente despreciados por los musulmanes; pero el recuerdo de las recientes campañas sujeta á estos á no manifestarles los sentimientos que les inspiran.

Estas son las razas que pueblan el imperio de Marruecos. Si no hubiere otras causas que conspirasen

... directamente á la desaparición, de este Estado como organismo independiente, ¿quién dudaría que la diversidad de habitantes con sus antipatías irreconciliables no habia de producir un inmediato fraccionamiento?



P.C. Monumental de la Alhambra y General
CONSEJERÍA DE CULTURA

CAPÍTULO IV.

Arabia.—Mahoma.—Sus planes.—Alí.—Huida de Mahoma á Medina.—Predicaciones.—Muerte de Mahoma.—El Koran.—Unidad de Dios.—Ángeles.—Génios.—Profetas.—Profesion de fé de los musulmanes.—Predestinacion — Juicio final.—Paraíso.—Infierno.—Moral.—Prácticas religiosas.—Oracion.—Ayuno.—Peregrinacion á la Meca.—Guerra santa.—Prácticas corporales.—Circuncision.—Ablucion.—Sacerdocio.—Vida heremítica.—Reflexiones.

Prescindiendo de los judíos y del escaso número de cristianos que se hallan establecidos en el imperio de Marruecos, todos los demás habitantes, así moros como bereberes, árabes y negros, profesan la religion musulmana, introducida en el país por los sectarios de Mahoma, que con la punta de su espada imponian sus creencias á los vencidos, á impulsos del espíritu de proselitismo y de propaganda de que se hallan poseidos casi siempre los nuevos sectarios de todas las religiones.

El país denominado Arabia, que forma un vasto trapecio entre el golfo Pérsico, el mar Rojo, el mar de las Indias y el Asia menor, hallábase dividido en multitud de tribus independientes entre sí, y en las cuales se notaba la mayor diversidad de creencias religiosas, desde el sabeismo (religion de los astros) y el judaismo, hasta los más groseros errores de la idolatría y el fetichismo, pudiéndose considerar como el centro de esta verdadera confusion el templo de la Meca, llamado *Caaba*, en donde se hallaban reunidos

multitud de ídolos que representaban los más diversos objetos y hasta los animales más inmundos y repugnantes.

La variedad de creencias mantenía entre todas las tribus árabes una lucha continua, impidiéndoles constituir un gran pueblo ni aspirar por lo tanto á otro grado de civilizacion, hasta que Mahoma destruyó los vestigios de aquellas antiguas religiones, fundando sobre ellas la del Islam, en la que se reconocia el principio de la unidad de Dios, y se encontraban preceptos tomados tanto del judaismo como del cristianismo y de otras creencias del Oriente.

Nació este célebre reformador en la Meca el 1.º de Abril del año 569 de nuestra era. Pertenecía á la tribu de los Coreiscitas, una de las principales entre los árabes y la encargada de la custodia del célebre templo de la *Caaba*, á que aludimos más arriba. Huérfano á los seis años y con escasa fortuna, dedicóse Mahoma desde la adolescencia al comercio, y en Siria hizo conocimiento con el monje nestoriano Sergio, de cuya secta se notan vestigios indudables en la nueva religion que aquel impuso á sus conciudadanos.

Dotado Mahoma de una memoria prodigiosa, de una rica imaginacion y de un juicio recto, perteneciendo á una de las familias más distinguidas del país y hablando el dialecto más puro, bien pronto se captó grandes simpatias entre sus compatriotas, y aunque carecia de bienes de fortuna, su matrimonio con la opulenta viuda Cadiga le colocó en situacion de realizar los planes que hacía tiempo meditaba,

que eran nada menos los de constituir un gran pueblo bajo una misma creencia religiosa con todas las tribus de la Arabia.

Fingiéndose revelaciones celestiales, llevando una vida de contemplacion y ganando primero la voluntad de algunos de sus parientes, y con especialidad la de su esposa Cadiga, bien pronto se atrevió á predicar su religion en público. Fué objeto al principio de la burla de su auditorio; pero no desalentándose ante este contratiempo, dijo con tono solemne, despues de proclamar la creencia en un solo Dios: «¿Quién de vosotros quiere ser mi ayudante (visir)?» En medio del silencio que provocó esta interrogacion alzóse la voz de su primo Ali, exclamando: «Yo; y si alguno se atreve á levantarse contra tí, le romperé los dientes, le sacaré los ojos, le quebraré las piernas y le abriré el vientre.» Mahoma abrazó al neófito y le presentó á los circunstantes, diciéndoles: «Hé aquí mi califa (vicario) respetadle y obedecedle.»

Pero aunque la nueva creencia iba adquiriendo algunos prosélitos, no obstante, como se oponia á los intereses de los habitantes de la Meca que explotaban el santuario de la Caaba, viéronse obligados Mahoma y sus discípulos á huir de su ciudad natal para evitar la persecucion de que eran objeto, refugiándose en Medina, que los recibió en triunfo á causa de la rivalidad que mediaba entre esta ciudad y la Meca.

Pronto la nueva doctrina fué extendiéndose por todas partes y cada dia iba aumentando el poder de Mahoma, que contando ya con numerosos secuaces

auxiliaba las predicaciones con empresas militares, y cuando pudo volver á la Meca estableció como precepto sagrado la peregrinacion á la ciudad y al templo de la Caaba, que purificó destruyendo los ídolos, y en la segunda expedicion que hizo á esta ciudad (632 de J. C.) llevó ya en pos de sí 90.000 devotos, á los cuales desde lo alto de una colina predicó las ceremonias de aquel rito y su significacion, y desde la cumbre de otra enseñó el dogma de la unidad de Dios, añadiendo: «¡Desgraciado de aquel que reniegue de vuestra religion! No le temais á él sino á mí. Hoy he perfeccionado vuestra ley, y consumado con respecto á vosotros mi gracia; que el islamismo sea desde ahora vuestra fé.» Degolló entonces 63 camellos segun el número de sus años, y Alí 37, reformó el calendario, restableciendo el año lunar sin intercalacion y cumplió con toda exactitud los pormenores y ceremonias relativas á la peregrinacion.

Al regresar á Medina se sintió acometido de una fiebre que en pocos dias le llevó al sepulcro precisamente cuando alimentaba en su cerebro nuevos planes de conquista. A su muerte pronunció las siguientes palabras que revelan el pensamiento que durante la parte más importante de su vida habia sido objeto de sus propósitos: «Estirpad de la península á todos los idólatras, otorgad á los nuevamente convertidos los mismos privilegios que á los musulmanes y sed constantes en la oracion;» pero aunque sus discípulos recogieron todas sus palabras, desde el instante en que adquirió Mahoma alguna celebridad, quiso éste

dejar consignada en un libro su doctrina, en donde además se reflejan las virtudes, los vicios y los errores del Profeta, pues los capítulos de que aquel se compone fueron escritos en muy diversos tiempos y según las circunstancias, ya para atender á las exigencias de la propaganda, ya para sancionar por medio de la supuesta revelación divina, actos y sucesos que no se concordaban muy bien con la austeridad de costumbres de que algunas veces hacía alarde el reformador.

Llámase este código *Al-Koran*, es decir, la lectura, ó como si dijéramos el libro por excelencia, y se divide en 114 suras ó capítulos, que no se hallan ordenados, y que se distinguen entre sí por medio de títulos particulares. Mahoma, que no sabía escribir, cada vez que lo juzgaba necesario enseñaba á sus discípulos una *sura* del Koran, que, según decía, le había llevado el ángel Gabriel de orden de Dios. Los discípulos aprendían bien pronto de memoria la palabra divina y la reproducían en hojas de palmera, en piedras, en tiras de piel de camello, y guardándola en el fondo de un arca, la confiaron á la custodia de una de las mujeres de Mahoma, hasta que posteriormente el mejor secretario del Profeta, Zeid, la compiló sin orden ni concierto, aunque al principio de la sura novena se dice: «Este libro está distribuido con juicioso orden, pues es obra de aquel que posee la sabiduría y la ciencia.»

Hace ya 12 siglos que este libro es venerado por poderosas naciones como código religioso y político,

es tal el respeto que se le asigna por los verdaderos creyentes, que se extiende á su forma exterior; pero además del Koran veneran los musulmanes la *Sunna* ó tradicion donde se halla reunida la doctrina trasmitada de viva voz por el Profeta, las *Ijmar* ó decisiones unánimes de los imanes ortodoxos sobre los puntos objeto de controversia, y el *Kiar* que contiene las sentencias deducidas para los casos imprevistos por analogía con los preceptos del Koran.

Con respecto á la divinidad, la regla fundamental del mahometismo está contenida en estas palabras que los musulmanes repiten á todas horas: «No hay más Dios que Dios; un sólo Dios y ningun Dios fuera de él.» «Dios, dice el Koran, existe por sí mismo, no engendra ni es engendrado, no tiene compañero; suyo es el reino y á él sólo deben tributarse alabanzas;» con lo cual Mahoma huía del sabeismo y del cristianismo, y con especialidad de este último, excluyendo el dogma de la Trinidad y prohibiendo el culto de las imágenes y el de las reliquias.

Dios justo, bueno, misericordioso y omnipotente creó los ángeles sus ministros, entre los cuales ocupa el primer lugar Gabriel, Miguel, Azrael (ángel de la muerte), é Israfil (de la resurreccion); pero no constituyen una gerarquía interpuesta como en el Sabeismo entre la criatura y el Criador, sino que quedan reducidos á simples mensajeros creados para el servicio del hombre.

Con respecto á la rebelion de los ángeles, hé aquí lo que contiene el Koran: «Dijimos á los ángeles *Ado-*

rad á Adam, y ellos le adoraron. Sólo Eblis le negó su obediencia, y el Señor le dijo: *¿Por qué desobedeces y no adoras á Adam?—Soy de una naturaleza superior á la suya*, replicó Eblis;—*yo he sido formado de fuego y él de barro.*—Fuera de aquí, dijo el Señor; *el Paraiso no es para los soberbios; sal de aquí cubierto de oprobio y sin esperanza de perdon.*

Entre los ángeles y los demonios se hallan los génius, creados de fuego pero más materiales, pues comen, beben, se reproducen y mueren: hay varias clases, los *djiis*, génius; las *peris*, hadas; los *dií*, gigantes y los *taavin* ó destinos buenos ó malos.

Segun las creencias musulmanes, en todos tiempos han sido enviados por Dios á la tierra para revelar su voluntad y destruir la idolatría, muchos profetas, pero de ellos sólo Adam, Noé, Abraham, Moisés, Jesus y Mahoma han sido legisladores. La mayor parte de los ejemplos que Mahoma sacó de las Sagradas Escrituras, están dirigidos á mostrar los castigos con que Dios persiguió á los que maltrataron á sus profetas, y fácilmente se concibe los motivos que le impulsaban á proceder de este modo.

Por esto mismo la profesion de la fé musulmana está formulada en estos términos: «Creemos en Dios, en el libro que nos ha sido enviado, en lo que fué revelado á Abraham, Ismail, Isaac, Jacob y á las doce tribus; en la doctrina de Moisés, de Jesus y de los profetas, sin establecer distincion entre ellos, y somos musulmanes.»

Con respecto á la predestinacion, origen del fata-

lismo que encierra á la sociedad musulmana en moldes estrechos que jamás puedan modificarse, la fórmula principal es la siguiente: «Lo que está escrito, escrito está,» y segun el Koran, todas las acciones de los hombres están determinadas de antemano, de suerte que es de todo punto imposible librarse de esta ciega fatalidad que destruye por completo el libre albedrio.

Nada de lo que ha tenido principio puede eximirse de la muerte, ni siquiera los ángeles, entre los cuales se levantará antes que ninguno Israfil, cuyo soplo debe hacer resonar la trompeta del Juicio final. Este día durará muchos miles de años, y despues que los justos y los injustos hayan esperado largamente en medio de terribles angustias, se presentará Dios á demandar á cada uno cuenta de sus actos, y como Abraham, Noé y Cristo habrán declinado el cargo de intercesores, lo tomará sobre si Mahoma. Gabriel sostendrá la balanza cuyos platos pueden contener el cielo y la tierra, hallándose suspendido uno sobre el infierno y otro sobre el paraiso.

Este es un jardin encantador tan vasto como el cielo y la tierra. Está regado por cristalinas é incorruptibles aguas, plantado de toda clase de árboles frutales, á cuya sombra muellemente recostadas en blandos lechos bordados de seda, oro y piedras preciosas, se hallan vírgenes de mirada modesta, de grandes ojos negros, de color resplandeciente, embellecidas con todos los encantos y rodeadas del suave aroma del almizcle, de la rosa y del jazmin. Los elegidos cubier-

tos con túnicas de seda verde y adornados con brazaletes de oro vivirán eternamente con estas *huries*, sin que nunca pierdan su virginidad y disfrutando de inagotables goces, de manjares deliciosos y licores exquisitos que no producen molestia alguna.

El infierno naturalmente es el reverso de la medalla. Los réprobos estarán cargados de cadenas, cubiertos de túnicas de alquitran, y el fuego consumirá sus rostros, Zakum es un árbol cuyas raíces se hallan en el fondo del averno, y en sus ramas brotarán frutos parecidos á cabezas de demonios, que servirán de alimento á los condenados. Cuando coman, aquel terrible manjar se fundirá en sus entrañas como un metal derretido, no pudiendo apagar la sed mas que con agua hirviendo. Estas penas, sin embargo, no son eternas nada más que para aquellos que no hayan creído en la unidad de Dios, pues como dice el Korán: «Vosotros, hombres sumerjidos en el error, vosotros que no creéis en Dios, comereis perpétuamente del árbol Zakum, y despues de hartos bebereis agua hirviendo.»

El paraiso se gana, pues, con la fé pura sin necesidad de las obras, y á ningun musulman, por malo que sea, se le cerrarán las puertas de este lugar de deleite. Con tal que se crea, todo lo demás importa poco. En relacion con este aserto, fácilmente se explica que la moral del Islam sea poco estrecha. Mahoma se dirigia á una nacion errante, sumida en los más groseros errores de la idolatría, y se contentó con mejorarla, prohibiendo lo que en primer término repugna

á la razon aun en aquellos pueblos que no han alcanzado un grado superior de cultura, tal como el asesinato, el suicidio, las uniones incestuosas, el abandono de los niños y la usura. La continencia para el musulman no es una virtud ni un mérito, y además la poligamia está justificada por la ley y por el ejemplo del Profeta, pues aunque en el Korán se limita á cuatro el número de mujeres que puede tomar cada musulman, sin embargo, es lícito adquirir las que gusten, alquilándolas por un tiempo determinado, con lo cual quedaba establecida perpétuamente la esclavitud de la mujer y todas las tristes consecuencias que de este hecho se desprenden.

El adulterio es castigado con la muerte siempre que haya cuatro testigos oculares. El divorcio es permitido; pero despues de verificado el tercero, el hombre no puede volver á casarse, á no ser con una mujer que haya pertenecido á otro.

Veamos ahora cuáles eran las principales prácticas religiosas establecidas por el Koran á los musulmanes. Habiéndosele aparecido Gabriel á Mahoma le preguntó: «¿En qué consiste el islamismo?» El Profeta contestó: «En declarar que no hay más que un Dios, y que yo soy su Profeta; en observar exactamente las horas de la oracion, dar limosna, ayunar en el ramadan y cumplir con la peregrinacion á la Meca, si se puede.»—«Eso es;»—contestó Gabriel descubriéndose.

Cinco veces deben orar diariamente los musulmanes; antes de salir el sol, á medio dia, á las cuatro.

de la tarde, á la puesta del sol y á la primera vigilia de la noche. El *muezin*, desde lo alto de los minaretes de la mezquita, señala la hora de la oracion enarbolando una bandera blanca y gritando con toda la fuerza de sus pulmones con la faz vuelta hácia el Oriente la frase sacramental: «No hay más Dios que Dios y Mahoma es su Profeta. Musulmanes, orad.» Los creyentes deben presentarse en el templo en traje decoroso, pero sin fausto; despues de hacer la ablucion ó lavatorio prescrito y de haberse descalzado, penetran en el interior de la mezquita y una vez reunidos, el sacerdote entona la oracion, que todos escuchan con religioso silencio. Las mujeres no pueden entrar en el templo, pues inspirarian diversas ideas de las religiosas, y por lo tanto han de cumplir con el precepto de la oracion en su casa, á no ser que en las mezquitas exista un departamento especial para ellas separado por espesas celosías.

Aunque los musulmanes hacen sacrificios de animales en la *Caaba*, segun la práctica iniciada por Mahoma en su última peregrinacion, sin embargo, no constituyen una parte integrante del culto, sino ceremonias extraordinarias que se verifican con motivo de alguna fiesta nacional ó de otro suceso particular, tal como el nacimiento de un hijo, la conclusion de un viaje, la consagracion de una mezquita, etc.

Halló el Profeta que los cristianos santificaban el domingo y los judios el sábado, é instituyó entre los suyos como dia sagrado el viernes, en que Dios formó al hombre y Mahoma hizo su entrada triunfal en

Medina. En este día es obligatoria la asistencia á la Mezquita, el iman (sacerdote) recita las oraciones y á veces añade un pequeño sermón, despues de lo cual el musulman pñede dedicarse á sus ordinarias tareas.

Otra de las prácticas establecidas en el Koran es el ayuno, que se verifica durante el mes de ramadan con gran escrupulosidad. El musulman desde que sale hasta que se pone el sol debe abstenerse no sólo de todo alimento y bebida, sino tambien del tabaco y de todo contacto carnal.

«El olor de la boca del que ayuna—dice el Koran—es más grato á Dios que el del almizcle.» Por la noche se permite comer y beber, hasta que la luz del naciente día deje distinguir un hilo blanco de otro negro del turbante, y si bien esta práctica es soportable en el invierno, como los años de los árabes son lunares, los mismos meses caen sucesivamente en las diversas estaciones, de suerte que en el rigor del verano, cuando los días son interminables y las noches muy breves, es muy penoso para los que han de librar su subsistencia con el trabajo, pues los ricos pasan el día durmiendo y las noches en banquetes y diversiones.

Otra de las obligaciones más imperativas de la ley musulmana, es la peregrinacion á la Meca. Todo creyente que goce de libertad, cabal juicio y buena salud, debe realizarla por lo menós una vez en su vida, porque Mahoma ha dicho: «Los que no la verifican se dañan tan sólo á sí propios, pues que Dios no necesita

de nada.» Cuando los peregrinos llegan á las fronteras de la Tierra Santa, se visten el sagrado *iram*, especie de franja de tela de lana que se sujeta á la cintura, y al acercarse al templo de la Meca cantan el *telbiyé* ó himno religioso concebido en estos términos: «Héme aquí, ¡oh Señor! pronto á obedecerte; tú eres único, para tí las alabanzas; de tí aguardamos los favores; el universo es tuyo; no tienes compañero.

«Los peregrinos, —dice un ilustrado escritor,— hacen su profesion de fé en los montes Saffah y Mervah. «Saffah y Mervah —palabras del Koran— son monumentos de Dios; el que haya verificado la peregrinacion á la Meca y visitado su santa casa, no necesitará ofrecer una victima expiatoria, con tal que dé la vuelta á aquellas dos colinas; el que se excediere del precepto merecerá el reconocimiento del Señor.» En seguida atraviesan el Macamer Ibrahim (habitacion de Abraham) desde Mina á Aaratat en siete marchas; tres pasos lentos y cuatro con velocidad, mirando hácia atrás y deteniéndose, para imitar á Agar cuando buscaba agua que llevar á Ismael. Luego, cuándo el sol se acerca á su ocaso, toman precipitadamente el camino de Mozdalifah, para llegar á tiempo de decir la oracion de la tarde como lo hizo el Profeta, en cuya empresa perecen muchos sofocados ó pisoteados por la indómita oleada de los devotos, y despues de haber dado siete veces vuelta á la Caaba, se purifican bebiendo agua del pozo de Zem-Zem, acompañando cada uno de sus actos con oraciones rituales.

«Hecho todo esto se rapan los peregrinos la cabeza, pero miétras que á la ida gozan entonando cantos alegres y religiosos, á la vuelta se encuentran extenuados por las marchas y el ayuno, destrozados, enfermos y diezmados. Cuando un peregrino (hadji), entra de nuevo en su país, es recibido con una especie de fiesta y honrado miétras vive. Algunos ganan la vida emprendiendo repetidas veces el viaje, á expensas y para mérito de los que no pueden ir personalmente.»

Proponiéndose Mahoma como uno de sus principales fines la conquista, era natural que impusiese á sus sectarios como una obligacion la guerra santa. Sobre este punto dice el Koran: «Combatid á los enemigos en la guerra de religion; matadlos en cualquier parte donde los encontréis; arrojadlos de donde os hayan arrojado á vosotros, pues el peligro de mudar de religion, es peor que el asesinato. Combatidlos hasta que no tengais ya que temer ninguna tentacion y se afirme el culto divino, y cese toda enemistad en cuanto abandone los ídolos, pues vuestra cólera debe ejercerse únicamente contra los perversos. Las fatigas de la guerra son más meritorias que el ayuno, la oracion y otros ejercicios religiosos: los valientes que caen en el campo de batalla, suben como mártires al cielo. ¡Oh creyentes! cuando vayais á la guerra santa, moderad vuestras acciones, y que el ánsia del botin no os hagallamar infiel al que os salude tranquilamente. Los fieles que se quedan en sus casas sin necesidad, no serán tratados como los que defiendan la re-

ligion, sacrificándole su vida y sus bienes. Dios elevó á estos sobre aquellos: todos poseerán el sumo bien; pero en grado mayor los que marchan á la pelea.... El fiel que muera despues de abandonar su familia para colocarse bajo los estandartes de Dios y de sus apóstoles, recibirá una retribucion de manos del Señor clemente y misericordioso.»

Júzguese, en vista de las anteriores líneas, lo que unos creyentes fanáticos podían realizar buscando la muerte en los combates que les abrian las puertas del paraíso.

Debemos tambien dedicar algunas líneas para que pueda formarse una idea bastante clara de esta singular religion, que tanta influencia ha ejercido durante muchos siglos, á las prácticas corporales. Son estas la circuncision, las abluciones y el uso entre las mujeres del Cojhol, la Jhenna y el Essuac, si bien tambien se prescribe el corte de las uñas, el del bigote á la altura del lábio superior y afeitarse la cabeza y las demás partes del cuerpo que la naturaleza ha velado, excepto la cara.

La circuncision se verifica con grandes ceremonias, y aunque este precepto no se halla incluido en el Koran, sin embargo, el Profeta le aconsejó á sus sectarios de viva voz y tiene por lo tanto un carácter imperativo.

Verificase la circuncision durante una de las principales fiestas del año, que se llama Malud y que dura siete dias. Algunos antes de la ceremonia llegan á las ciudades las familias de los que tienen algun hijo

varon todavía incircunciso, y la vispera se pasea á los niños que deben ser circuncidados, á caballo, vestidos con sus mejores galas y seguidos de músicas y de jóvenes, que en son de alegría disparan al aire sus espingardas.

Las mujeres casi exclusivamente cubren la carrera por donde pasan los niños que van al templo, y una multitud inmensa llena el sagrado recinto y las calles adyacentes. A la puerta de la Mezquita salen á recibir á los niños los ayudantes de los *Jhadchams* (1) y los introducen en brazos, seguidos de las personas de la familia, á la dependencia destinada al objeto. Los ayudantes van presentando sucesivamente los niños á los *jhadchams*, que los distraen hasta que un grito lanzado por el paciente indica que se ha verificado la operacion. Entonces uno de la familia toma al niño, y después de recojer un pedazo de pan, sobre el cual hay colocados dos pequeños trozos, uno de carne y otro de turrón, llevan al niño á su casa, en donde los amigos visitan á los padres, asistiendo á las fiestas particulares que se verifican para celebrar este acontecimiento.

La ablucion se dispone en el Koran en los siguientes términos: «Cuando os dispongais á la oracion, lavaos la cara y las manos hasta el codo y los pies hasta los tobillos.» Existen lo que se llama la pequeña y la grande ablucion, que no son obligatorias para la mujer, pues segun hemos visto no concurre al

(1) Barberos ó cirujanos que practican la operacion.

templo. Practicase la pequeña antes de cada una de las cinco oraciones diarias, y la grande se verifica como la anterior, con el aditamento de la de los órganos sexuales para cumplir con el precepto del Koran que dice: «Purificaos despues de la cohabitacion con vuestras mujeres; pero cuando esteis enfermos ó en viaje, ó hubiéreis satisfecho vuestras necesidades naturales ó tenido comercio con alguna mujer y no halleis agua, frotaos el rostro y las manos con arena.»

La ablucion mayor solo se hace una vez al dia.

Lo mismo en Marruecos que en todos los demás pueblos musulmanes, está establecida entre las mujeres la costumbre de teñirse los párpados con el *cojhol*, sustancia que produce un color negro azulado. La base principal de este menjurje es el sulfuro de antimonio reducido á polvo. La *jhenna* es la hoja de un arbusto aromático. Cuando está seca se reduce á polvo, se amasa con agua y con esta pasta se frotan las mujeres las uñas, los dedos y muchas veces las manos hasta las muñecas y los piés hasta los tobillos. Envuélvense en seguida estas partes en unos pedazos de franela, conservándolos de esta suerte por espacio de algunas horas, y al descubrirlas aparecen teñidas de un color encarnado oscuro, que tarda bastante tiempo en desaparecer.

El *essuac*, que no es otra cosa más que la cáscara del raiz del nogal, sirve para frotar las encías, y posee, segun dicen, la virtud de perfumar el aliento, blanquear los dientes y colorear los labios y encías de un matiz purpúreo. Todas las mujeres, hermosas ó

feas, ricas ó pobres, con excepcion de las viudas ó repudiadas que han de abstenerse del *essuac* por espacio de algunos meses, deben usarlo á fin de ser más agradables á su marido.

El islamismo no cuenta propiamente hablando con una gerarquía sacerdotal, puesto que la oracion pública, y la predicacion estuvieron á cargo de Mahoma y de sus sucesores, reuniéndose así el poder político y el religioso. El que preside una reunion de creyentes se llama *iman*, y el principal de todos es naturalmente el sucesor legitimo del Profeta. El *mufti* es el intérprete de la ley y jefe de los *ulemas* ó doctores, y si bien puede considerarse como una especie de decano entre los sábios, de ningun modo representa el papel que el pontífice entre los cristianos. Los *mue-zines* anuncian la oracion desde lo alto de los minaretes ó torres que tienen las mezquitas, y todos los ministros de los templos dependen de la autoridad civil, que los degrada cuando los considera indignos del cargo que ejercen. No llevan estos ministros del culto ninguna señal distintiva, y se hallan sujetos tambien á las obligaciones de lós demás ciudadanos.

Aunque Mahoma habia escrito que la religion del Islam no tiene monjes, sin embargo, como en el Koran se ensalza la pobreza voluntaria, de aquí que los fieles se creyeran autorizados para dar libre curso á sus inclinaciones hácia la vida reposada y contemplativa, dedicándose unos á conquistar el paraíso por medio de las penitencias y el ascetismo, mientras otros apelaban á la guerra de propaganda.

Poco despues de la muerte de Mahoma, Uveis de Karn se arrancó los dientes en honor del Profeta, que en una batalla habia perdido dos, y exigió esta práctica á sus discípulos fundando una verdadera órden religiosa. Otros musulmanes se dedicaron tambien á la vida cenobítica llamándose dervises en la Persia y faquires en la Arabia, de los cuales se formaron varias clases, y posteriormente nació la órden de los cadires encargados de custodiar los sepulcros de los grandes imanes en Bagdad. Por último, en el año de 1400, Pir Mohamed Nakschibendi reformó todas las órdenes existentes, reduciéndolas á una sola, en la cual entraron personas hasta de las más elevadas clases, y cuyas prácticas se reducian á rezar ciertas oraciones y reunirse algunas veces para cantar y recitar el *tesbih*, especie de rosario que se compone de noventa y nueve cuentas.

Sin embargo, la vida de los dervises continuó existiendo sujeta á más severas reglas. «Diez cualidades —dice el escritor Assan el Basri— debe poseer un dervis, que le son comunes con el perro: tener siempre hambre, carecer de un punto fijo en donde acostarse, estar privado de herederos, no abandonar á su señor aunque le maltrate, velar durante la noche, contentarse con el lugar más abyecto, ceder el puesto á quien le quiera, volver á reunirse con el que le ha herido cuando le presente un pedazo de pan, permanecer distante cuando se le ofrezca de comer, no pensar en volver al sitio de donde partió en seguimiento de su amo.» Prescindiendo de estas condiciones ex-

teriores, Saadi, en el libro titulado *Galistan*, dice sobre esta materia: «Un buen musulmán, antes de entrar en el retiro, debe pensar en que un solitario sin instruccion es una casa sin puerta, y un dervis sin piedad es una casa sin luz. Los bienes de las congregaciones religiosas pertenecen á los pobres; el dervis avaro es un ladrón de caminos; el solitario gordo se parece al cerdo... Que el dervis aparezca descuidado en lo exterior y que en lo interior mantenga vigilante su espíritu y adormecida su concupiscencia.. Poseed las virtudes de un verdadero dervis, y despues, si os place, poneos hasta el Kalpali del tártaro.»

El islamismo, como todas las demás religiones, tuvo tambien sus heregias, cuyo exámen nos llevaria demasiado lejos de nuestro propósito, que se refiere exclusivamente á examinar la influencia que en el imperio de Marruecos ejerció la religion del islam, no sólo en cuanto atañe á la parte puramente política, sino á los demás ramos de la vida social.

Los mauritanos que desde las primeras invasiones de los cartagineses y de los romanos se habian resistido siempre á todo influjo que partiese del exterior, prefirieron en los antiguos tiempos, cuando á ello se veian obligados, refugiarse á la fragosidad de los montes del Atlas ó á la soledad del desierto, á entrar en las condiciones de una vida ordenada y normal que contrariaba los hábitos vagabundos y nómadas de la mayor parte de las razas que poblaban el Africa. Así vemos que en la época de mayor florecimiento de las

provincias septentrionales de esta region , los moros estuvieron siempre en lucha contra los que les habian expoliado de una principal parte de su territorio, aprovechando cuantas coyunturas se presentaron para atacar aquella civilizacion que no podian comprender ni aceptar.

Organizados los moros en diversas tribus, viviendo entre sí en perpétuas luchas y teniendo cada una de ellas sus divinidades propias á que rendian un culto especial, presentaban muchos puntos de contacto con las tribus árabes, que segun hemos visto, habian caido en el más grosero fetichismo. El Koran en su parte externa se extendió rápidamente por la Mauritania, pero continuaron subsistiendo las antiguas prácticas religiosas y civiles, de suerte que jamás el imperio de Marruecos pudo constituir un estado regular y ordenado, ni aun bajo la férrea dominacion de los más absolutos déspotas.

Así se explica perfectamente que á unas dinastías sucediesen otras, y que el Atlas estuviese siempre vomitando legiones de guerreros que en el espacio de algunos años variaban las condiciones del país, en lo que respecta á las ciudades regularmente organizadas, mientras las poblaciones del campo, aunque en la apariencia sometidas á la ley del islamismo, continuaban con sus primitivas costumbres, sin tomar del mahometismo más que las prácticas exteriores y la indiferencia hácia todo progreso ocasionada por el fatalismo religioso.

Las kabilas actuales nos recuerdan las antiguas tri-

bus moras y bereberes, y así como en todos tiempos, sirvieron de base para la creación de ciertos poderes independientes; así ahora mismo no se hallan sometidas más que nominalmente en la mayor parte de los casos al dominio del Sultan de Marruecos.

Como el Koran es además de código religioso, civil y político, porque todo arranca de él, al examinar las costumbres y el estado social de este pueblo constituido de tan variados elementos, comprenderemos mejor la influencia que el islamismo ejerció en aquellas indómitas tribus, combatidas por tantos adversarios, pero nunca por completo sometidas.



P.C. Monumental de la Alhambra y General
CONSEJERÍA DE CULTURA



CAPÍTULO V.

Estado de la mujer en Marruecos.—Matrimonios.—Poligamia.—Ceremonias.—El harem.—Descripcion de M. Lempriere.

Los musulmanes consideran á la mujer como un ser inferior al hombre y la someten por lo tanto á un estado muy semejante á la servidumbre. Faltando por esta razon la base principal de la familia, toda la organizacion social se resiente de este vicio originario que no puede engendrar otra cosa que el embrutecimiento y el despotismo.

Entre las tribus que viven en el campo, ya en sus aduares movibles, ya dedicadas á la agricultura, la mujer carga con los más pesados trabajos y las más rudas faenas, mientras que el hombre permanece indolente creyendo que no existe otra ocupacion digna de sí más que la guerra. Esta circunstancia supone una civilizacion muy atrasada, pues de iguales costumbres nos hablan los antiguos historiadores, refiriéndose á poblaciones que se hallaban sumidas en un estado próximo á la barbárie, y entre las tribus salvajes que se encontraron en el Nuevo Continente, se notaron tambien las mismas prácticas. Así, no debemos estrañar que la mujer entre las kábilas marroquíes sea, más bien que la compañera del hombre,

una especie de esclava sometida á toda clase de privaciones, y es tal la fuerza de la costumbre, que aquellos séres desgraciados se considerarían todavía más indignos si se les privase de las faenas que constituyen su cotidiana ocupacion, y que justifican la necesidad de su permanencia en el hogar.

Es muy comun encontrar en este país pequeñas caravanas formadas por el jefe de la familia montado en un caballo, mulo ó asno, mientras que la mujer y las hijas le siguen á pié llevando pesadas cargas sobre la cabeza ó sobre las espaldas al mercado vecino, sin que el indolente musulman se preocupe en lo más mínimo de las fatigas á que somete á las que en otros pueblos se consideran como las prendas más caras y dignas de afecto y cuidado. Nada tiene pues de extraño, que la mujer se vea expuesta á una prematura vejez, y que sin haber conocido apenas los dulces placeres de la familia, arrastre toda la vida una existencia insoportable para el que haya podido vislumbrar otra más en armonía con la organizacion de los pueblos que han llegado á adquirir algunas nociones de cultura.

Si del campo nos trasladamos á las ciudades, la escena cambiará en la apariencia, pero en el fondo será todavía si cabe más desagradable y repugnante. Establecida la poligamia en el Koran, aunque limitado el número de mujeres legítimas á cuatro, el musulman puede poseer en el concepto de concubinas, todas cuantas le permitan sus recursos pecuniarios, de manera que en el matrimonio no entra para nada el